

Diagnosis

Pues lo que te digo, un darle vueltas. Salía del hospital, no sé muy bien si después de la consulta del de pulmones o el del corazón. No, yo creo que era el del estómago el que me lo dijo, sí. Y ahí tenía lo que me había diagnosticado rebotando en la mollera, como las bolas esas de las máquinas de ping-ball de cuando éramos chicos. Bueno, pues salgo del aparcamiento y ahí que había una tía intentando sacar el coche armando un atasco, que yo no hablo, porque últimamente con cualquier cosa que digas ya te ponen de todo. Pero vamos, a lo que iba. Estaba con el runrún. Porque me había dicho que es que nosotros somos un poco médicos de nosotros mismos. Que yo digo que seguro que lo dicen para quitarse pacientes, porque si yo nosotros nos curásemos, pues no habría las colas que hay, que luego se quejan que solo tienen cinco minutos y matracas de esas y es para quitarnos de encima. El médico este tenía que ser de por ahí, que yo es que no es que me fíe mucho, porque en esos países a saber cómo les dan el título y, además, tan joven que podría ser mi nieto, que no sé yo si ya han tenido tiempo de aprender nada. Y ahí lo tengo como un eco. Obsérvese. Mire bien lo que hace, porque a veces cambiando algunas cositas podemos mejorarnos. Obsérvese.

Ah, ya sé, que ahora me viene a la cabeza lo que me dijo, tienes usted intolerancia. Pero intolerancia a qué me pregunto yo. A ver si es que tengo que hacer un curso de esos de chi kung o de meditación para que se me quite. No te jode, intolerancia, me dice.

Carmelo Baena

II Concurso de Microrrelatos “Escribir con valor-es” convocado por Fundación Juanjo Torrejón

Seudónimo: Mariposazul

BIIÑU JÁNGALE ÑUUL*

(“el mar brilla también” en senegalés)

El sol besó sus párpados y le despertó... la brisa madrugadora volvió a jugar con su pelo, igualito que hacía su abuela antes de abrazarle. El pez grande de sus sueños, se sumergió de nuevo salpicándole con cuidado. Desapareció rasgando la espuma de las olas y los brillos del mar

-Hasta pronto, amigo...- le dijo en la lengua de los peces.

Aquel pez de plata y sal, se fue en busca de aventuras que contarle para cuando volvieran a encontrarse.

Su tío, el pescador, se lo había dicho muchas veces: - Omar, los peces hablan. No con palabras, con miradas, por eso nunca cierran los ojos. Son sabios y aventureros hijos del océano.

Él, también era aventurero. Su madre, cada día, se lo recordaba: – Omar, eres atrevido y valiente, todo un aventurero que sabe correr riesgos.

-Igual que los peces, yaay (*mamá en senegalés*), igual que los peces – le respondía siempre.

Ya no tenía frío, ni hambre, ni sed. Ya no le dolían las piernas de estar agazapado tanto tiempo. El cielo cambió de color. Un color nuevo que nunca había visto. Abrió los ojos todo lo que pudo y de nuevo vio al pez grande de sus sueños. Esta vez se fue con él, rasgando la espuma de las olas y los brillos del mar.

El Puente

Elena y Carlos, dos emigrantes marcados por la pérdida y la esperanza, coinciden en un puente simbólico que une su pasado con un futuro incierto.

Comparten experiencias, forjando un vínculo único a través del duelo migratorio. Con el tiempo, este lugar se convierte en un punto de encuentro para otros migrantes, quienes comparten comidas, tradiciones y sueños, fomentando la inclusión social. Elena y Carlos transforman su duelo en oportunidad, tejiendo conexiones entre culturas y estableciendo una comunidad sólida y diversa. El puente de los recuerdos emerge como un emblema de esperanza y resiliencia, donde los migrantes hallan un espacio de pertenencia y la promesa de un mañana distinto. A través de coraje y afecto, este puente perdura, sostenido por aquellos que cruzan sus tablones en busca de un nuevo comienzo.

EL VENDEDOR DE LOTERIA

Hacia tres meses que le habían dado de alta de un hospital psiquiátrico, estaba dispuesto a buscar trabajo fuera como fuera para cumplir los quince años de la cotización a la Seguridad Social, mínimo requerido para cobrar una pensión contributiva cuando se cumpliera sesenta y siete años. En la actualidad cobraba una pensión no contributiva.

A Jesús le faltaba una pierna y llevaba una prótesis de hierro, en febrero había cumplido cincuenta y ocho años, este hecho junto a faltarle una pierna y tener tratamiento psiquiátrico hacían casi imposible que pudiera encontrar trabajo, era químico de profesión.

Fué a la oficina del INEM a inscribirse como parado y enseguida empezó a buscar trabajo por Internet, había hecho dos historias laborales uno como químico y otro para trabajar en lo que fuera, una vez realizado el Curriculum vitae empezó a mandarlo a muchos sitios, en el sector de limpieza para limpiar, de pinche de cocina, de auxiliar de laboratorio, de barrendero incluso lo envió para trabajar como vendedor de lotería.

En ningún sitio le llamaron para trabajar. Transcurridos dos años le citaron para tener una entrevista de trabajo como vendedor de lotería, le comunicaron por teléfono que había un puesto de trabajo como vendedor en la calle. Le preguntaron si le interesaba el puesto de trabajo a lo cual Jesús contentó que mucho.

Jesús hizo la entrevista de trabajo, salió contento porque respondió a todas las preguntas que le hicieron con tranquilidad y bien. Quedaron en que después de consultar con ónicla Central le darían contestación personalmente cuando los “jefes” vieran el curriculum, A la semana le citaron, iba con ilusiones y esperanza ., Se atrevió a vestirse de sport y se encaminó a las oficinas donde le esperaban.

La conversación fue la siguiente:

- _ Hola buenos días soy Jesús Rodriguez y venia a ver a la directo.
- _ Pase Vd, le están esperando.- dijo el administrativo que le atendió.-
- Sentimos comunicarle que no ha sido posible hacer su contrato -dijo la directora.
- ¿Qué ocurre! Protesto Jesús.

- Simplemente que no da Vd, el perfil como vendedor ambulante de lotería.
Lo sentimos.

J

Pensó que ya no seguiría buscandp ttabajo.

Firmado:

Mancangal

La chica arrastrada

Un microrrelato escrito por Brizna de hierba

Estoy hasta los mismísimos ovarios de mirar siempre al suelo. Puedo sentir como observan mi cogote al pasar, sus miradas condescendientes atravesando todo mi cráneo. Si paseo durante mucho rato, se me queda una sensación de extrañamiento, así como de hormigueo; creo que al final todas esas miradas acabarán por hacerme un boquete y quizá entonces mis pies reciban la luz del sol.

Yo antes no era así, ni tan encorvada, ni tan amargada ni tan tullida, coño. Tenía mis cosas como todo el mundo, pero al menos la gente me miraba a los ojos. Hasta echo de menos cuando sus pupilas se escurrían por mi escote, ahora parece que tocarme sería más un acto de caridad que uno erótico.

Esta maldita pierna no hace más que recordarme aquel día de mierda. No puedo estar agradecida por haber sobrevivido a un accidente contra un camión cuando muchas veces pienso que la alternativa habría sido mejor que tener este aspecto de *Quasimodo*. Podría comprarme un loro y cargarlo siempre en mi chepa, así ofrecería el espectáculo que todos desean ver. Pierna arrastrada que por no amputármela me la dejaron así, hueca y blanda. Apenas puedo moverla y me sudan muchísimo los sobacos cuando subo las escaleras. Así que pongo un montón de lavadoras que prácticamente se secan cuando termino de colgar el último calcetín. Siempre llego tarde a todas partes, el autobús rara vez espera cuando ve que trato de adelantar el paso y cuando me ofrecen ayuda para subirme no sé si sonreír o escupirles.

Aunque hay algo bueno, puedo hacer lo que me dé la gana. Da igual si tengo que estar arreglada para un evento o quitarme con regularidad los pelos de las cejas, ya nadie se fija en eso. Haber sobrevivido es mi mayor logro, dicen.

Brizna de hierba

LA NIÑA QUE SOBREVIVIÓ AL MALTRATO

Una niña nació con cuatro hermanos. Era un tesoro y la adoraban en el hospital. De todos la más gordinflona, pero en secreto era violada. Pobrecilla, no se podía chivar, pues no sabía hablar. No era imaginación. Era violada. Inhumanos.

La Gran Bondad, al estrecharla en sus manos la encantó y como S. José se fío del ángel. Nació bajo el amparo de las flores y la fauna la respetaría, pero violación tras violación no sobreviviría.

Lo peor irte tú gran corazón te puede. Pídelo a tu madre, pelito de perlé, terciopelo púrpura, culito de color ensangrecido.

Odio tu destino. Lo cambiaría siempre por el mío. Mi mente va olvidando todo. Menor el rencor. La religión perdona, pero no el corazón.

Fusil apuntando, no más sufrir. Al lado de los dos ángeles queda cuerpo para ti. Temblando mi cuerpo entero. Te dejo mi muñeco Froggy para dormir. De madre o madrastra no sé entender secreto de familia vuelves al pasado a recordar madre. Dislexia has heredado. Nunca más él. Volverá por la ley del parné.

Click. Clock. De horas protégela. Te entrego a los brazos de china. La triple iluminación del príncipe Shidarthah. Ella heredará a los seis años ese don.

Tisanas... medicada depende del futuro. Que te guíen Santa Lucía y Antonia.

Habitas con jamón rechupe. Lo que te prometí, cumpliré. San Joaquín sabía por ancestros vinieron tentaciones que yo aparté.

Aparta del tabaco, drogas, suicidio. Ahora no, pero el futuro...

Préstale un pañuelo, pues adivino su dolor. Si la amas tanto, como yo a ti, vencerás. Preciosidad de gorrito y cofia. Desnuda jamás estarás. Libre y soltera y que te cortejen, mamá.

Dale tiempo al tiempo y la muerte.

Peluches para el 25 de diciembre o el 6 de enero. Eres su sueño, estrellita amén.

«Papá, es menos sacrificado»

Toda una vida de trabajo se esfuma en un chirrido de oxido y metal. El viejo tendero baja por última vez el cierre de su pequeña tienda; nadie parece percatarse. Tiene bajo su brazo dos carteles que dicen: «LIQUIDACIÓN», «POR CIERRE». De poco han servido, pues quedan aún en el almacén camisas, pantalones y jerséis que donará, sin más remedio, al depósito parroquial. Lleva también consigo deudas acumuladas en los últimos años; él pensaba que remontaría: «Comercio de proximidad, la alternativa ecológica», «distribución de la riqueza», «Es nuestra prioridad apoyar la pequeña y mediana empresa», leía en los diarios, —¡Mentira! — se dice derrotado, agobiado por las deudas que esquilmarán su pequeña pensión.

Él es uno de los últimos tenderos del barrio que ha soportado heroicamente el asedio asfixiante de los grandes imperios de la moda. Estos imperios desde centros comerciales situados a extramuros, lejos de la cotidianidad de los barrios, han hundido en la miseria el pequeño negocio local. Imperios que son propiedad de gente a las que no ponemos rostro, de gentes que viven en el extranjero, en resorts exclusivos ajenas al mal que hacen. —Nadie podrá así de sus ahorros emprender y prosperar...— murmura el viejo tendero.

Siempre pensó que su hija, muy apañada para la atención al cliente, heredaría el negocio y le daría un nuevo aire; ella prefirió trabajar en la desleal competencia: «Papá, es menos sacrificado».

Marinero

II Concurso de Microrrelatos "Escribir con valor-es" convocado por Fundación Juanjo Torrejón

Seudónimo: Zumbido

TRAS EL VELO

Isabela, era su avatar. Siempre le gustó ese nombre. Tal vez era porque así se llamaba su amiga del colegio. Su mejor amiga.

Un día, Isabela, ya en el instituto, tuvo que irse con su familia. Se fue muy lejos. Tanto que no volvió a saber de ella.

Muchas veces cuando miraba al cielo, pensaba que su amiga también lo estaría mirando. Estuviera, donde estuviera, compartirían ese mismo cielo y lo mismo, hasta elegían la misma nube.

Cuando eran niñas, al salir del colegio, se sentaban juntas en uno de los bancos de la plaza y jugaban a descubrir formas ingeniosas de las nubes, divertidas, inexplicables... incluso algunas tenebrosas, que eran las que más le gustaban a Isabela... y su risa, su risa era increíble. Podía con cualquier tristeza. Por dura y amarga que fuera, su risa la disolvía, la derretía como los helados al calor del sol, dibujando esos berretes destornillantes.

Por eso, Isabela, su avatar, era lo que ella siempre hubiera querido ser, divertida y valiente como su amiga. Junto a ella no se sentía sola. El paso del tiempo no pesaba como en la vida real. Encender la pantalla, una vez en su cuarto, le hacía sentirse protegida, a salvo de aquellas tristezas que parecían derrotarle sin piedad alguna.

CUMPLEAÑOS

El día había amanecido luminoso y el cielo estaba limpio de nubes. Podía oír el canto de los pájaros madrugadores y el silencio de la ciudad que aún tardaría en despertar. Parecía un buen día para cumplir años. ¿Cuántos eran? Más de los que le gustaría reconocer. Por dentro se sentía como aquel muchacho que empezaba la mañana repartiendo leche a los vecinos y acababa el día dejando las reses bien estubaladas, después de ocuparse durante horas de las tareas del campo. Por fuera, debía de reconocer, que los surcos en la piel, la absoluta percepción de todas y cada una de las articulaciones de su cuerpo que le provocaban un dolor constante hasta que conseguía conciliar el sueño, y muchos otros signos de la vejez, daban fe de que estaba a punto de añadir un dígito más a la cifra de su edad. Cerró los ojos y pasaron por su mente los hitos de su vida. Hay tantas cosas que quedan enterradas en la memoria... Y así, poco a poco, se fue apagando. Feliz, mantuvo una sonrisa en la cara e incluso una lágrima surcó su mejilla arrugada. Se marchó en silencio, discreto, como había sido siempre. Se fue solo, como había aprendido a vivir en los últimos años, desde que la que fuera el amor de su vida se había marchado también. Y sintió cómo se abría una ventana infinita y se dejaba llevar por esa brisa suave de la mañana, por el canto de los pájaros madrugadores y, en el silencio de la ciudad que aún tardaría en despertar, se despidió de la vida. Cumplía 100 años, pero no llegó a soplar las velas. Nadie lo esperaba para celebrar. Nadie echó en falta su presencia. Nadie se despidió de él.

Digitalización y soledad

¡Otra vez pelea con la señorita del banco! ¡Todos los meses igual! No entiendo qué les cuesta darme el dinero ellos en lugar de mandarme a la máquina del demonio esa. Además, me mira como si fuese yo poco más que un estorbo, algo menos que una persona. Pues nada, le diré a Germán que me saque el dinero. Claro que Germán me dirá lo de siempre: que él no puede ir, que tiene que trabajar. Ese hijo nuestro todo el tiempo está trabajando, no tiene un minuto para venir a verme y me dice que mire el móvil, que me mandan mensajes y vídeos de los niños y yo nunca los veo. Si no sé ni encender el aparato, ¿qué mensajes voy a ver? ¿Por qué no vienen a casa y se dejan de mensajes?

¿Y quién llama ahora al teléfono?

- ¿Qué si tengo fibra en casa? ¡Qué se yo! Deja a ver que miro en la cocina si tengo algo.

- ¡Jesús! ¡Qué preguntas le hacen a una! Pues verás, tengo unos espárragos que compré el otro día en el mercado porque la del puesto me dijo que habían venido bien buenos y en oferta.

- ¿Fibra óptica? Yo no sé qué me quieres vender, ¿gafas? Ya tengo yo. Me las regaló mi hijo el año pasado por mi santo porque decía que ya no veía bien. Unas gafas bien buenas, que le costaron un montón de dinero.

¡Anda! ¡Pero si me ha colgado! Otro como la del banco, se creen muy listos, yo también lo era a los 20 años. Llegarán a viejos y alguien les tratará como ellos a mí por no entender la industrialización, digitalización o lo que toque en ese momento.

Vega del Campo

Pseudónimo: Titina

Entredós

En la clase de catequesis las niñas llevaban semanas presumiendo de los vestidos caros y almidonados que ya descansaban en sus armarios, a la espera del gran día en el que los lucirían por las calles del pueblo. Que si cinturón de flores por aquí, que si tiara por allá, que si guantes caladitos... En casa de Adri no se había preparado la celebración con tanto boato, aunque el vestido, que acaparaba todo el protagonismo, ya estaba listo y a buen recaudo. Era de tul, discreto pero con bordados en la falda y jaretas en el cuerpo, con un entredós en cada extremo de las mangas francesas. "Si es que vas a estar guapísima", decía mamá mientras ajustaba un fajín tostado que se había empeñado en añadir a la cintura. Sin flores, gracias a Dios. Las manoletinas eran lo de menos, no entorpecerían una carrera o los juegos de después en los columpios junto al altozano. Foto, mira aquí, foto, mira allá; ponte al lado de Leo, el que va de almirante... Deseaba decirle a Don Sebas que no tenía claro si sería pecado que le hiciera tomar la hostia, puesto que eso de ser agradecido con lo que Dios le había dado no se cumplía en su caso. Se habría conformado con ser un simple grumete, sin galones ni brocados, pero con pantalones. Soñaba con hacer volar el vestido como una cometa, henchido por el viento y lejos de su cuerpo. Un cuerpo delicado, endeble, sin los atributos propios de los que se pueden permitir vestir como caballeres. Saldría corriendo. Sí, eso deseaba; salir corriendo por el pasillo glacial de la ermita, zafarse de aquel vestido y hacerlo ondear como una bandera sin entredós de guipur que encadenase su identidad.

EXAMEN DE ÉTICA

El andén de la línea seis estaba más lleno que de costumbre. Nerviosa, Raquel observó en pantalla que el próximo metro entraría en ocho minutos.

Si no llegaba a tiempo al examen, suspendería. Ésta prueba de Ética, representaba la mitad de la asignatura.

Estoy gafada -pensó.

Para empezar, cuando salía de casa, su hermanito le contó entre sollozos, que perdió a Sonrisitas. Agobiada, buscó hasta que al revisar la mochila del pequeño; encontró al peluche.

Estaba guardado donde siempre. No podía creerlo.

Luego, su madre también le pidió ayuda. La lavadora. Estaba inundando la cocina. Más mala suerte.

Media hora más tarde, corría hacia metro Pacifico. Empapada.

Miró la pantalla de nuevo. Un minuto.

El tren apareció justo cuando una ciega, bastón en mano; bajaba el último tramo de escalera.

Los vagones se llenaron enseguida. Raquel consiguió entrar.

De repente, la mujer del bastón cayó al andén. Fue en su auxilio sin pensárselo.

— ¿Está bien?

— Si, chiquita -afirmó avergonzada-. Menudo regaño me echará mi hijo, cuando sepa que me caí por no pedir ayuda ¿Y el tren?

— Acaba de irse -respondió con la voz rasgada.

— Ya vendrá otro, chiquita ¿Cómo te llamas?

— Raquel Regueiro.

— Dime que te ocurre, Raquel. Soy ciega, no sorda.

Con detalle, le narró su caótico día mientras entraban en el siguiente metro. Cuando llegó a su destino, la mujer le abrazó deseándole suerte.

Exhausta, llegó al aula. Ya estaban en pleno examen. Tocó la puerta.

— La prueba ha empezado -afirmó el profesor-. No puede acceder.

Tanto esfuerzo para nada- pensó cabizbaja.

— De todas formas, no necesita hacer la prueba. Tiene un diez.

— No entiendo.

— El examen era de ética, chiquita -sonrió al decirlo-. En Pacifico, demostró de sobra que se merecía un sobresaliente.

JULIA

Julia se despierta más tarde que temprano. Entro en su dormitorio y le doy los buenos días. Mientras se despereza, me afito en preparar su desayuno, que consta de un vaso de leche con galletas, pues es lo único que le gusta. Después nos vestimos y salimos a pasar la mañana a la playa si hace buen día, a que nos dé el aire y el sol en la cara, a jugar con una pequeña pelota... A la hora de comer, me toca batallar con ella, pues muchas veces se pone rebelde y se niega a comer lo que le pongo en el plato. Sé que su plato favorito son los macarrones con tomate, pero sabe que sólo los puede comer de manera esporádica. Por la tarde, suele dormir una siesta y despertar a la hora de merendar, su comida favorita del día. A veces suelo consentir un dulce y eso le pone muy feliz. La hora del baño es difícil la mayoría de los días. Debería ser un momento lúdico, pero a veces se convierte en una batalla campal. Preparo algo ligero de cena un rato antes de acompañar a Julia a la cama y, antes de darle las buenas noches, cada día se produce el mismo diálogo:

- No recuerdo quién eres, pero sé que te quiero. Se me pone grande el corazón cuando estoy contigo – dice Julia.
- No importa que no me recuerdes, mamá. Yo también te quiero, preciosa -respondo.

Nos damos un beso en la mejilla, enterramos la rutina de hoy y esperamos a la de mañana.

La ventana

Elisa mira la ventana como si acabara de descubrirla, aunque siempre ha estado ahí.

De repente, una carita intrépida y curiosa, pega las mejillas contra el cristal. Un niño que escudriña el salón desde la calle y que pone las manos a los lados de su cabeza, para hacer sombra y descubrir mejor el interior, bien iluminado por la luz del sol.

Sus ojos se encuentran con los de Elisa y pega un salto, sorprendido más que asustado. Pero pronto vuelve a su posición; se ha dado cuenta de que la anciana del sillón ríe divertida.

Con la confianza de haber obtenido permiso, se dedica a examinar con atención cada detalle de la sala, donde no cabe ni un cachivache más. Los recuerdos de toda una vida. Le llaman la atención las decenas de figuras de porcelana que invaden los estantes, tan delicadas, como si formaran parte de una fiesta del té en la que la etiqueta exigiera colores pastel y vestidos de otro siglo.

Una vez satisfecha su curiosidad, le dice adiós con la mano a la mujer que ha conocido hace un instante, pero la mirada de ella está ahora en otro lugar y en otro tiempo, muy lejos de allí. Se está encontrando por primera vez con el que será su gran amor. El corazón latiendo rápido como entonces y los nervios a flor de piel.

Elisa mira a través de la ventana.

Lucía

MALETAS

Maletas maltrechas, maletas atadas,
atadas con cuerdas que oprimen el alma.
Que guardan historias, tragedias humanas,
que viajan ansiosas con sed de mañana.
Buscando horizontes, lejos de su patria,
lejos de su gente, cargada a la espalda.
Maletas que parten, maletas mojadas,
a un futuro incierto, al rayar el alba.
Llenas de ilusiones, llenas de esperanzas,
lejos de la guerra, corriendo descalzas.
Que llegan a puerto, tras dura batalla,
que llegan al fondo, de la mar salada.

AURI

MUDEZ SOLCIAL

Un café, otro café, y el hombre de la esquina murió de insomnio, con los ojos abiertos, ¡pero muerto! adicto a los posos del café que los transeúntes le dejaban. Así lo anunciaría el periódico local.

Y mientras el reloj del ayuntamiento daba los cuartos, por las arterias de la ciudad los latidos del tiempo seguían su ritmo habitual; el trinar de los cláxones, el olor a café que se mezcla con el olor a pis de perro, el desperezar de los cierres metálicos, la desnudez de los árboles y la asimetría de las sombras. Y como si su vida careciese de tiempo, el hombre de la esquina cruzó el umbral de la muerte antes de que el reloj marcase el último cuarto. Hubo quien dijo que murió de frío, pero el juez testificó su muerte por insomnio. Con los ojos abiertos, ¡pero muerto!

Aún me queda un regusto amargo en la boca, no puedo evitarlo, como un sonido a óxido que araña, o un olor a amanecer rancio. Pero, aún así, nos besábamos cada mañana o más bien rozábamos nuestras mejillas al compás de un abrazo disecado por un amor marchito, desgastado.

Y esta mañana, al despedirse, Sebas dijo -lo siento-. Y con sabor a asfalto, la vida en la ciudad fluía, mientras la suya se heló como un carámbano.

Después, recogí su cartón y su perro me miró triste. Aún no me he decidido a llevarlo a la perrera. Tampoco siento fuerzas para acudir esta tarde a la Juanjo Torrejón, la que ya consideraba su casa, y decirles a los niños que su contador de historias no volverá. Creo que debería sucederle, admitir que la vida continúa, que los niños sin cuentos carecen de infancia. ***El brillo de sus sonrisas, alimenta nuestras almas***, solía decir Sebas.

(AQUILINO)

Pseudónimo: Palo Cortado

Un euro

Se acerca desesperado y con la voz ronca me pide un euro. Yo aún no me he despertado y no sé bien cómo reaccionar. Son las 9 de la mañana. Me quito los auriculares y, mientras trato de escuchar, me grita implacable: “¡Es urgente!”. Cuando me desperté hace apenas una hora imaginé una mañana tranquila, ahora no puedo parar de pensar dónde estará el desconocido de edad avanzada que me pedía un euro.

Los días festivos las mañanas están muertas. Los que deciden entrar en semejante sepulcro lo hacen a duras penas y sin ganas. El frío es el mayor somnífero existente. Cuando sonó la alarma me regocijé entre las sábanas, tratando de alargar el placer de no abandonarlas. Ahora, camino por la calle Águilas e intento, no sin dificultad, abrocharme el chaquetón. Tengo las manos heladas, he olvidado los guantes.

Me siento en un escalón mientras espero a que me recojan. Y entonces llega y me grita y yo no entiendo nada. Y trato de escucharle y cojo corriendo mi cartera. Podría ser mi abuelo, parece desorientado. Rebusco entre las monedas y maldigo mi manía de pagar con tarjeta. Solo tengo 40 céntimos – digo mientras frunzo el ceño – ¡Es urgente! – repite enseñándome la única moneda que tiene. Me rompo mientras se va corriendo.

Asalta a dos jóvenes que van en coche, ellos sí que tienen efectivo. Les da las gracias y se marcha con prisas. Los benefactores y yo nos miramos con una mezcla de pena e incompreensión que deja un regusto agridulce. Arrancan y se van. Todos se han ido. Y yo solo puedo pensar en qué problemas urgentes se pueden resolver con un euro. Y si los habrá resuelto. Y si se encontrará bien... y, egoístamente, lamento en secreto no haber podido compartir nada con él.

Sin cita previa

“Sin cita previa no pueden atenderle”, le decía el guardia de seguridad de la Hidrográfica a Julián, que iba a preguntar un “quémeséyo” del pozo que tiene en la huerta donde vio centenares de atardeceres y no menos amaneceres. Eso mismo le auguraron a Doña Amparo cuando fue al único banco -caja de ahorros para ella- de su pueblo. Maldijo a algún que otro trabajador cuando tras pedir sacar una cita para la semana siguiente, le respondieron con tono infantilizador “es mediante una solicitud *online*, señora, si no sabe se lo puede pedir a alguna de sus nietas”. Qué nietas. Qué *“online”*. Serán esos cacharros con los que están los zagales debajo del Ayuntamiento. Quémeséyo.

En el bullicio de la ciudad, donde los edificios y empujones se alzan como gigantes indiferentes, Ousman se fustiga con llamadas a la Oficina de Extranjería mientras se deja lo poco que tiene en gilas para refrescar la Sede Electrónica que anuncia con un gran “No hay citas disponibles” la continuación de su tortura, también organizada por un gobierno, pero esta vez lejos de sus niños.

Mientras tanto, Eva zozobra sobre su diagnóstico en una silla de espera desgastada por la agonía de quienes la precedieron allí mirando el cartel que pone “2ª planta” y una campana que suena menos de lo que gustaría. Ha llegado el momento: Tiene cita previa y un carcinoma que se ha extendido.

Mala Nonvole

Murió en el mundo de
otra persona . Caminó de
puntillas por no molestar .
Caminó descalza
clavándose espinas sin
rechistar .

Él la agarraba por detrás ,
los insultos se enredaron
en su pelo.

la chica de aquella oficina
fué su salvación . sobraron
las palabras y pasó de
enjuagar las ilusiones en
sal a cepillarse el pelo, en
calma .

Violeta Rio

Llegó con el alma rota , la mirada perdida , los llantos de aquellas personas resonaban en su cabeza. Llegó el joven superviviente de tragedias encadenadas que empezaron a suceder desde que respiró oxígeno por primera vez . Llegó y allí estaba Esperanza , con los brazos abiertos y una manta para arropar los miedos y calmar el alma.

Violeta Rio

Ambivalencia

Desde la cama piensa en todo y en nada. Mira a su madre, después a su hermana, e intenta recomponerse antes de que lleguen sus hijos.

Ambivalencia, en psicoanálisis, es esa actitud emocional en la cual coexisten dos impulsos contradictorios (como el amor y el odio) que derivan de una fuente común.

Ganas de achucharles y miedo a que se enteren de lo ocurrido, aunque sabe que los gritos, los golpes y los moratones no han pasado desapercibidos para ellos.

Se conocieron en una fiesta, fue todo muy rápido. Era tan guapo, tan amable, tan listo. Era perfecto.

- “Te quiero y solo quiero que estés bien”- Le decía mirándole a los ojos.

Y se acurrucaban en el sofá. Ese sofá que le daba tanta paz, donde se abrazaban, veían películas, hablaban del futuro y hacían el amor.

Ambivalencia.

Ese sofá se convirtió en angustia y miedo. Sentada en él le veía entrar por la puerta y evaluaba rápidamente su estado, para poder hacerse una idea de lo que le esperaba el resto del día.

Esa noche, en ese sofá, se le congeló el cuerpo cuando cerró la puerta y dejó sus llaves en el mueble de la entrada, como cada día. Leyó en su cara que estaba enfadado, e intuyó que ella sería el saco de boxeo donde descargaría toda su ira.

Un hombre alto, con traje y gomina va dejando olor a perfume por el pasillo y entra en la habitación.

Siente su cuerpo encogerse, nervios en el estómago, miedo, mucho miedo.

Se acerca a ella suavemente y le susurra al oído:

- “Te juro que no va a volver a pasar. Voy a cambiar. Te quiero.”

Ambivalencia.

Amor y odio. Querer huir pero a la vez quedarte. Sobrevivir o morir. Creerle o no.

Hasta el próximo golpe.

COLECCIONES

Colecciono piedras. Me gusta tocar sus formas ásperas, imaginar caras en sus pliegues y aristas. Soñar a través de su tacto frío y muerto.

De niño me encantaba ir a las playas del sur, incómodas para todos menos para mí. Cada pocos días me llevaba alguna piedra a casa aunque mi antojo era corto, las acababa tirando cuando se escapaba su fulgor y perdían sus colores. Sabía que pronto volvería al mar para encontrar nuevas y más bonitas.

Ahora, con la misma pasión que de niño, colecciono almas. Entendedme, no las arranco del cuerpo de nadie, no soy un Jack-el-destripador. Pero cuando hablo con la gente me gusta imaginar que me cuelo en su interior, que desgrano sus instintos, capturo los pensamientos más íntimos, las ganas y los odios, las cosas que se callan y no se dicen. Por eso soy tan mal conversador: pronto dejo de prestar atención a las palabras y me dedico a indagar. Me imagino usando un pico mágico con el que deshago cualquier barrera. Como un adivino invencible, creo comprender todos los secretos y eso me hace feliz. Muy feliz.

Como con mis piedras infinitas, no tengo límite para mi colección de almas. También me las llevo a casa, a veces, hasta que se desgastan. No pasa nada, siempre encontraré nuevas de reemplazo.

Por eso compré decenas de pisos en la ciudad. Alojo a cualquier incauto sin papeles de los barrios del sur. Conozco todos los recorridos, todos los traficantes. Alimento mi colección por un pedazo de techo y un metro de tierra. Absorbo sus ilusiones y su fuerza, engordo goloso viendo cómo se derrumban ante mí, sin hacer un solo ruido, entregando su alma. No necesito sus palabras, sencillamente sacio mi sed.

LIONEL ASBO

Despedidas

Ella recorrió 8.000 km. en avión, volvía a su país, pero esta vez no iba de visita. Allí la esperaba su gente, la del barrio, con la que tejió muchos lazos a lo largo de estos 54 años.

La pandemia la sorprendió en España y ese año nos enseñó a todos que la soledad no es buena compañía para una persona mayor, sobre todo cuando nos separa un océano.

Tenía una cita con un comprador, que estaba interesado en su casa. La noticia me pilló por sorpresa, sabía que tarde o temprano llegaría ese momento, pero no estaba preparada. Esa casa era mi cordón umbilical a mi patria, que no es más que mi infancia, mis amigos, mis paisajes.

Cerré los ojos y respiré profundo. Volví al palo de mangos del vecino que nos proveía de meriendas aquellas tardes de sol y rayuela. Aquel cuarto testigo de mi infancia y de mi adolescencia, donde todavía guardaba tesoros.

Había que vaciar la casa en tres semanas, ¿cómo uno se deshace de una vida en tan poco tiempo? Allí estaban ellos de nuevo, esa tribu de vecinos que siempre hicieron de mi hogar una comunidad. Improvisaron un mercadillo y todos contribuyeron a quedarse con los objetos, pero solo estaban atesorando recuerdos.

Mi hermano me llamó y me preguntó si quería conservar algo. Es la pregunta más difícil a la que me he enfrentado. En este piso donde he construido mi nueva vida no hay espacio para más bártulos, así que solo pedí salvar las fotos que mi madre nos hacía en la era analógica.

Ahora tengo dos cajas en una estantería donde se guarda mi infancia a las que, en días lluviosos como este viernes de dolores, regreso.

Autor: Gualcarque.

Autora: Loles Argañán.

EL MUNDO EN MIS ZAPATOS

Estaba muerta de miedo, muy nerviosa. Era mi primer día de colegio y llevaba poco más de un mes en España.

Por aquel entonces tenía seis años, no sabía hablar español y no entendía por qué habíamos tenido que venir aquí. Al principio, había pensado que serían unas vacaciones en las que vendríamos a ver a papá para ver qué tal le iba en su trabajo nuevo. Pero luego, mamá encontró trabajo, y lo que se suponía que iban a ser un par de semanas, pasó a convertirse en mi nueva realidad... una realidad que no me gustaba nada.

Una profesora intentaba comunicarse conmigo a través del traductor de un ordenador portátil, lo que tampoco era de gran ayuda porque en ese momento, apenas sabía leer y escribir. Me llevó a la que sería mi clase y me presentó a mis nuevos compañeros. Estos sólo decían su nombre, pues les habían dicho que yo no iba a entender mucho más de lo que me dijeran.

Cuando terminaron, una niña se acercó a mi mesa. Había hecho un dibujo de dos niñas con nuestros nombres escritos y un corazón, me lo entregó y me dijo unas palabras que no entendí mientras me daba un abrazo. Yo sólo asentí con la cabeza y desde ese momento nos hicimos inseparables. Jugábamos siempre juntas en el patio y aunque al principio nos costaba entendernos, siempre conseguíamos comunicarnos.

Nunca le pregunté qué me había dicho cuando nos conocimos, pero en mi cabeza fue algo así como: "¿Quieres ser mi amiga?".

Han pasado los años, y aunque ya no tenemos relación, siempre tendrá un bonito lugar en mis recuerdos como la persona que me hizo darme cuenta de que este lugar también podía ser mi hogar.

QWERTY

El frío reinaba por igual en todos los rincones de la ciudad cuando el sol apenas asomaba los primeros rayos de luz. José entró en la sucursal bancaria. Cerró la puerta, dando la espalda al cajero cuando vio a la policía despertando a un mendigo en la calle de delante.

No era la primera vez que era testigo de esa escena. Las medidas cada vez eran más estrictas con los indigentes. Los apartaban de las calles céntricas y decorados que atraían a familias y turistas.

La policía sacudía al pobre indigente para que se despertara. Con certeza, había pasado la noche entera bajo los pocos cartones que había encontrado secos. Mientras el hombre abandonaba el lugar, acompañado por las pocas pertenencias que conserva, José se incomodaba analizando la situación tras el cristal de la sucursal.

Inmerso en sus pensamientos se preguntaba porque aquel hombre debía ser ajeno al mundo. No era suficiente con las desafortunadas circunstancias que lo habían dejado en la calle, encima tenía que esconderse. Cualquiera con su misma suerte, tenía que sobrevivir apartado de la sociedad, porque a nadie le parecía de buen gusto ver las condiciones en las que estaban. Además se demostraba su desprecio de forma fehaciente, colocando bancos con reposabrazos innecesarios, pinchos en las superficies planas, etc.

Eran ocultados y escondidos. Invisibles, ante los ciudadanos ordinarios.

José volvió a la realidad, viendo a la policía dirigiéndose hacia él. No se había percatado que ya eran las 6:30, y que pronto la oficina abriría sus puertas. Recogió los cartones que tanto le había costado reunir para dormir, silbó a su perro y salió de la sucursal a toda prisa para evitar mayor conflicto.

José corrió a ocultarse de la sociedad, se volvió invisible para que nadie pudiera ver las condiciones en las que vivía.

QWERTY

Sonó la campana y los estudiantes entraron al aula. Sorprendidos, tomaron sus pupitres sin perder de vista al chico que acompañaba a la profesora, mientras ella esperaba que guardaran silencio. Se podía percibir la tensión en el ambiente.

-Os presento a vuestro nuevo compañero: Sanjay. Viene desde la India. Ayudadle en todo lo que necesite por favor.

Sanjay avanzó entre las mesas vigilado por las atentas miradas de sus compañeros. Llegó a su mesa y guardó silencio lo que restaba de clase.

Pasaron semanas sin avances. Mudo y solitario, Sanjay se limitaba a recorrer los pasillos, buscando las aulas.

David no soportaba a su nuevo compañero. No entendía porque había que ayudarlo, porque tenían que apoyarlo. Había venido de fuera, tenía que adaptarse a su nuevo "hogar", si no, para qué vino.

No soportaba que se sentara en el último pupitre del aula, alejado de todo y todos, ajeno al mundo. Si quería hacer amigos, debía poner de su parte. Sobre todo, David detestaba la cara de pánico permanente de su compañero, como una presa. Para él, era falta de actitud, falta de ganas.

Ese mismo día, al llegar a casa, los padres de David lo sorprendieron con una amarga noticia.

- Gracias al trabajo de papá nos vamos a vivir a Londres. ¡Vas a tener un nuevo cole!

David tuvo un Déjà vu su primer día de clase en Londres. Esta vez, era él el vigilado por la atenta mirada de sus nuevos compañeros. Estresado, busco el último asiento de clase, por tal de esquivar las miradas. Se sentía solo, y comunicarse en un nuevo idioma no lo ayudaba. Fuera de su zona de confort, de su "hogar" todo le daba pánico.

Suspiro profundamente y un susurro se escapó de su boca.

- Perdona Sanjay

LA PROFESORA

No lo iba a negar, verse ahí rodeada de esos cinco jóvenes esperando a que les contase una de sus historietas sumado a que se agradecía estar al aire libre por el buen tiempo que hacía le alegraba el día.

Notaba que la miraban como la miraban sus alumnos el último día del curso, ese día de despedidas y de incertidumbre por los cambios. Cuando se despedían de ella se entreveía en sus ojos una bonita mezcla de cariño y agradecimiento, ella sabía que por mucho que se diga sus "mochuelos", como los llamaba ella, al final siempre la cogían cariño y ella a ellos aún más.

Hoy tocaba hablar del amor, como si fuese una tutoría donde hablaba de distintos temas y debatía con sus alumnos y alumnas sobre ello. Además "su" Pedro estaba a punto de llegar del trabajo y se podría incorporar a la charla.

- Bueno chicas y chico, os voy a hablar de algo imprescindible en la vida, el amor y de cómo conocí a mi marido que estará a punto de llegar y veréis lo apañado que es y lo que aún nos queremos, se llama Pedro, por cierto, y reparte el pan por todo el pueblo. A mis hijos Marisa y Jesús no los vais a conocer porque están en el colegio aún. ¿Vosotras como os llamáis?

- Abuela...

AUTOR: CONTICINIO

MANOS

Mira distraída sus manos temblorosas y arrugadas, a las que el tiempo ha regalado una lluvia de manchas.

De antaño solo quedan los dedos largos y delgados (de pianista, decía siempre su madre) y una alianza que jamás se quitó a pesar de haber enviudado hacía ya décadas.

Esas manos que acunaron, cocinaron y acariciaron. Esas que le hacían a su pequeña unas trenzas perfectas, que ajustaron las corbatas de sus dos hijos en cada ocasión importante. Las mismas que sostuvieron las de su marido enfermo hasta el último suspiro y las que sacaron adelante a la familia cuando él faltó.

Solía llevar las uñas rojas, piensa mientras dirige su mirada a través de la ventana del asilo, hacia el pequeño jardín. Siempre había sido muy coqueta, pero ahora que le falla el pulso no es capaz de pintarlas.

La voz cantarina de Inés la saca de sus pensamientos. Había olvidado que era viernes y que la risueña voluntaria iría a visitarla. Con sus hijos tan lejos, siempre agobiados y apurados, la joven se había convertido en una suerte de nieta para ella.

- ¿Cómo ha ido la semana, Juana? ¿Qué te apetece hacer hoy? – pregunta Inés mientras le planta un beso en cada mejilla. Entonces a ella se le iluminan los ojos como cuando era niña y con una sonrisa pícaro saca un esmalte rojo de la mesilla y se lo tiende. Hoy le apetece volver a ser quien fue.

Rita

Maritxu

Maritxu se seca las manos en el delantal para coger el móvil sin mojarlo y con cuidado lo acerca a sus labios. “Hey google, ¿qué es una iniciativa legislativa popular?”. Una vocecilla femenina le responde las opciones que ha encontrado como respuesta. Lee despacio. De fondo, alguien comenta en la radio la importancia de que se haya aprobado dicho debate, para bien o para mal, pues se habla de medio millón de personas que viven en territorio español de forma irregular. Maritxu deja el móvil y llama corriendo al piso de enfrente. Le abre un niño de cinco años con una sonrisa que le cruza la cara de oreja a oreja. “No nene, hoy no tengo chuches, luego te traigo, ¿dónde está tu tía Gabriela? ¿No te habrán dejado solo?” Tras él aparecen la tía, la abuela y la madre. Todas sonrían. De su casa emana un olor a puchero que traslada a otro continente, con una mezcla de cebolla, patatas, carne y esas especias picantes que, como piensa Maritxu, “sabe dios dónde las encuentran si aquí en España eso no se vende en Mercadona”. Le cuentan que la tía Gabriela está limpiando en una casa, llegará de noche. Las otras mujeres también trabajan en casas sin contrato. Lo que a Maritxu le preocupa es que no esté limpiando y dónde vaya sea a otro tipo de casa, pero no pregunta porque le aterra la respuesta. Le invitan a pasar, toman café y ella les cuenta lo que ha pasado en el congreso. Las mujeres no entienden bien, pero se alegran. Maritxu tampoco entiende, pero se siente feliz. Si algo aprendió en su infancia en tierras francesas fue la dureza de ser extranjero por obligación. El niño la abraza. Ella se deja. “Me voy, que se me quema el marmitako”.

MECHERO

Mechero, así es como le llamaban, prendía rápido, le gustaba el apodo aunque creía que se lo podían haber currado un poquito más. No se consideraba mala gente. No buscaba problemas pero se hacía respetar. Gas tenía de sobra, le faltaba la chispa, si él se sentía atacado, prendía. Sabía que con violencia se evitaban muchas cosas pero no se ganaba nada, bueno sí, respeto, algo para él muy importante, le hacía sentirse menos vulnerable.

Tenía claro que no quería ser mechero del “chino” más bien Zippo, a poder ser de los caros, de los que utilizan los ricos. Se había metido a vender María, sabía que para los estudios no era muy bueno pero era espabilado y tenía don de gentes y con esto se ganaba dinero.

No quería ser Zippo para él sino para dar una vida mejor a su hermana pequeña, ella sí que era luz y no fuego. A su madre también, cada día la repetía que la odiaba pero en el fondo sabía que su vida no había sido fácil. Su madre era vela y ese hombre, a quien él se negaba a llamar padre, la consumió con cada insulto, con cada golpe, pero para su hermana y para él siempre tenía mecha.

Se encontraba raro incluso algo incómodo aunque no iba a negar que le estaba gustando esa sensación de soltar gas de su mechero pero sin activar la piedra. Sin prender, sin quemarse, sin quemar a los demás. Escucha, algo que nunca le habían dado. Empatía, palabra sin significado para él. Mechero estaba ahí, delante de una psicóloga de no sé qué fundación, soltando gas sin prender, recibiendo lo que nunca le habían dado, aprendiendo significados.

AUTOR: CONTICINIO

Orgullo de clase

Cada día al llegar a casa conversamos sobre lo que ha acontecido en el día. Ella me cuenta sobre la escuela y yo me asomo a su mundo, todavía pequeño, a través de sus relatos. Hoy se ha incorporado un niño de Colombia al B, un niño de Marruecos al C y una niña de Venezuela al A. En el recreo, hablan y compiten entre clases para ver cual tiene más nacionalidades.

En mi fuero interno me preocupa la ratio, si el Colegio tendrá todos los recursos para hacer frente a todas las necesidades, pero veo su sonrisa diciéndome que ya tienen 6 países y están en el ranking, que soy incapaz de decirle algo.

Hoy en las noticias están hablando de los hijos de una pareja de famosos. Dicen que acudirán a un prestigioso colegio internacional y ella me pregunta qué significa eso. Le digo que es un colegio al que acuden alumnos de todo el mundo, normalmente con un plan de estudios reconocido internacionalmente. Me mira sonriente y me dice: *-“anda, como el mío”*. Sí, hija, como el tuyo, solo que allí las familias son ricas, pagan por una educación exclusiva.

-Pues qué bien que nosotros tenemos colegios en el que todos somos iguales, ¿verdad, mamá?

Entonces vienen a mi mente las noches en vela antes de elegir colegio, las pequeñas batallas libradas y otras mayores en las que me sentía un Quijote luchando contra molinos.

El próximo jueves tiene la foto de su orla, este año se gradúa de 6º de primaria y una de las cosas que más admiro de ella es el **orgullo y el cariño** con el que habla de su clase. Son los valores de la escuela que trascienden los miedos, la burocracia y las reformas educativas.

Autora: Casiopea.

SITUACIÓN DE CALLE

El no querer mirar,

El no tener tiempo para ayudar,

La desconfianza,

El no saber cómo ni qué es lo correcto,

El pensar y que le habrá pasado, cómo habrá acabado así...

El no tener respuestas,

Pero quizás tampoco las preguntas correctas,

El pensar de más,

O a veces de menos,

O simplemente pensar solo en nuestro propio ombligo,

El bien y el mal,

¿Seré lo suficiente buena persona?

La escala de grises,

¿Qué es para ti ser buena persona?

Qué penita me da...

¿Y a ti qué te remueve?

Debemos actuar.

AUTOR: DESENLACE

Don José

Don José era un anciano que vivía en un pequeño pueblo. Toda su vida había vivido en el pueblo, pero desde que su esposa falleció, se encontraba cada vez más aislado. La soledad se había convertido en su compañera constante, y aunque sus vecinos lo saludaban con amabilidad, rara vez se comunicaba con ellos más allá de los saludos de cortesía.

Un día, una familia llegó al vecindario. Eran personas jóvenes y activas, con dos hijos pequeños. La curiosidad de los niños los llevó a la puerta de la casa de Don José, donde tímidamente se acercaron y le preguntaron su nombre. Don José, sorprendido por la visita, les abrió la puerta y con una sonrisa les dijo su nombre.

A partir de ese momento, los niños se convirtieron en visitantes regulares. Le contaban sobre su día en la escuela, sus juegos favoritos y los cuentos que les leían sus padres. Don José, a su vez, compartía historias sobre el pueblo, sus experiencias de juventud y los recuerdos de su amada esposa.

Gracias a la comunicación con los niños, él se sentía útil nuevamente. Los padres también se involucraron, invitando a Don José a su casa y a eventos comunitarios con los vecinos.

Con el tiempo, el anciano se convirtió en un pilar en la comunidad, valorado por su experiencia y su amabilidad. Ya no se sentía solo, sino parte de algo más grande. Los lazos que había construido con la nueva familia y sus vecinos le recordaban que nunca es demasiado tarde para encontrar conexión y alegría en la compañía de los demás.

Y así, la historia de Don José no solo fue una historia de integración social, sino también un recordatorio de la importancia de la generosidad y la apertura para construir puentes entre generaciones y comunidades.

Gaviota

Marco y los Trenes

En un vecindario tranquilo, vivía un niño llamado Marco. A simple vista, parecía como cualquier otro niño de su edad, pero Marco tenía Asperger, lo que significaba que veía el mundo de una manera distinta. Para él, las comunicaciones sociales podían ser un desafío, ya que a menudo se encontraba confundido por los estímulos que lo rodeaban.

Marco tenía una pasión por los trenes. Pasaba horas estudiando horarios, memorizando rutas y construyendo maquetas detalladas de locomotoras y vagones. Sus padres, preocupados por su falta de interacción social, lo animaron a unirse a un club de modelismo de trenes en el pueblo.

Al principio, Marco estaba preocupado por conocer a otras personas, pero su amor por los trenes lo animó a dar el paso. Pronto descubrió que otros niños también compartían su mismo interés, así como los adultos del club. Marco comenzó a sentirse más cómodo. Aprendió a comunicarse mejor sobre su hobby y a trabajar junto a los demás en proyectos de modelismo.

A pesar de sus desafíos sociales, el niño encontró un refugio en el club de trenes. Aquí, era aceptado tal como era, sin juicios ni comportamientos injustos. Era feliz compartiendo sus conocimientos sobre trenes y aprendiendo de los demás.

Con el tiempo, no solo desarrolló habilidades sociales más sólidas, sino que también encontró amigos que apreciaban su singularidad. A medida que se integraba más en el club, su confianza crecía y su mundo se expandía más allá de los rieles de los trenes.

La historia de Marco es un recordatorio de que todos somos diferentes de alguna manera, pero nuestras pasiones e intereses pueden unirnos y darnos fuerza. A través de su amor por los trenes, encontró un camino hacia la integración social y la aceptación de sí mismo.

Xelonte

VIAJE A LA LIBERTAD

- LAS PAREDES DE LA CASA TEMBLABAN DE NOCHE Y DE DÍA SIN DEJAR UN MINUTO PARA EL RESCANO, DESDE HACÍA MESES NO SE PODÍA PASEAR, IR AL COLEGIO O AL PARQUE, NI SIQUIERA SABIA SI MIS AMIGOS SEGUIAN AHI FUERA: VALENTINA, AMANDA, DIEGO TODOS HABIAMOS DEJADO DE UERNAS CUANDO LAS BOMBAS EMPEZARON A CAER COMO BOTAS DE Lluvia EN UNA LARGA NOCHE DE OTOÑO. TIA ELSA NOS AVISABA A MI Y A MI HERMANO PARA QUE NOS ESCONDIÉSEMOS EN EL SOTANO CADA VEZ QUE LA LLUVIA DE MISILES ATACABA NUESTRO HOGAR.

DESPUES DE MESES AISLADOS CONSEGUIMOS SALIR DE AHI SIN RUMBO FIJO A BUSCAR UN FUTURO QUE FUA TAN LEJANO COMO INCIERTO. NUNCA VOLVIMOS A CASA, NUNCA ~~NO~~ SUPIMOS SI NUESTROS PADRES SEGUIAN AHI FUERA LUCHANDO, O SI SE SEGUIAN ACORDANDO DE NOSOTROS YA QUE NUNCA VOLVIERON DESDE SU PARTIDA. DESPUES DE VARIOS DIAS RECORRIENDO ANGOSTOS VALLES CON NOCHES OSCURAS Y TERRORIFICAS, LLEGAMOS A UN GRAN CAMPAMENTO EN LA FRONTERA DE NUESTRA TIERRA. NOS ACOGIERON CON CARINO, COMIMOS PARA RECUPERAR FUERZAS. PUDIMOS ACEANOS Y CAMBIAR NOS DE ROPA. EN LOS DIAS VENIDOTOS OÍAMOS LAS BOMBAS MUY LEJANAS Y ESO NOS DABA SEGURIDAD PERO... PÉNCIÁ ALGO QUE ESTABA A PUNTO DE CAMBIAR. TIA ELSA ERA SOUCH Y DESGARBADA HABIA PASADO MUCHO PARA SACARNOS ADELANTE Y SU CUERPO REVELABA EL ESFUERZO, LA VI HABLANDO CON LA MISMA BENTE AMABLE QUE NOS DIÓ ASILO Y UN PLATO DE COMIDA, MIENTRA HABLABAN NOS MIRABAN Y VOLVIAN A LA CONVERSACIÓN "¿QUE PASA ELENA? ME DIJO WCAS MI HERMANO PEQUEÑO QUE SE HABIA CONVERTIDO EN MI SOMBRA Y QUE SABIA QUE PASABA ALGO. "ESPERA DEJAME QUE ME ENTERE" EN CUANTO SE PA ALGO ~~TE~~ CONTARE

A LA MAÑANA SIGUIENTE CUANDO DESPERTAMOS TENIAMOS UN MAQUITO PARA INICIAR DE NUEVO EL VIAJE.

¿QUE ES ESTO? DIGO LUCAS ¿SON REGALOS? PERO YO ME DI CUENTA QUE SOLO HABIA DOS Y QUE ERAMOS TRES LOS QUE VIAJABAMOS, MIRÉ TIA ELSA QUE ME DEVOLVIO LA MIRADA CON LOS OJOS HINCHADOS POR LAS LAGRIMAS!

-HABEN MIS PEQUEÑOS TODA ESTA GENTE TAN AMABLE A CONSEGUIDO QUE PODAIS IR CON ELLOS A UN LUGAR ~~EN LA~~ ^{SIN} GUERRA, SIN BOMBAS Y DONDE ENCONTRAREIS UN HOGAR ~~MEJOR~~ ^{NOVO}, AMIGOS, COLEGIOS Y UNA BUENA FAMILIA QUE OS CUIDARÁ PARA SIEMPRE.

¿PERO TIA ELSA, TU NO VIENES? SU MIRADA Y SU SILENCIO LO DIZO TODO, YO NO PUEDO IR CON VOSOTROS AHI HAY MUCHO QUE HACER PERO NOS VEMOS PRONTO. EN ESE INSTANTE COMPRENDI QUE NUNCA VOLVERIA A VERLA.

PARTIMOS ESA MISMA MAÑANA, PRIMERO EN AUTOBUS, ~~EN~~ ^{TREN} Y DESPUES EN TONAS VIOLATA Y VENDE UN BONITO VEHICULO CON LETRAS GRABADAS ~~EN TONOS VIOLATA Y VENDE~~ DONDE SE PODIA LEER " CASA DE ACOGIDA EL RENACER " NOS ESPERABA EN LA ESTACION.

NO SE SI ESA PALABRA "RENACER" ME DIO FUERZAS PERO LO QUE SI ME DIO FUE ESPERANZA, MIRÉ A MI PEGUENO LUCAS Y LE DISE!

"HERMANITO AHORA SI ESTAREMOS EN CASA. LUCAS ME MIRO ESTARADO PERO CON EL TIEMPO COMPRENDIO QUE TUVIMOS LA SUERTE DE ESCAPAR DE LA GUERRA Y QUE NOS QUEBABA UNA UIPA POR DELANTE PARA SER NOSOTROS MISMOS.

MIRÉ AL CIELO Y EN VOZ BAJA DISE, ESTES DONDE ESTES
GRACIA TIA ELSA.

ZODIAC